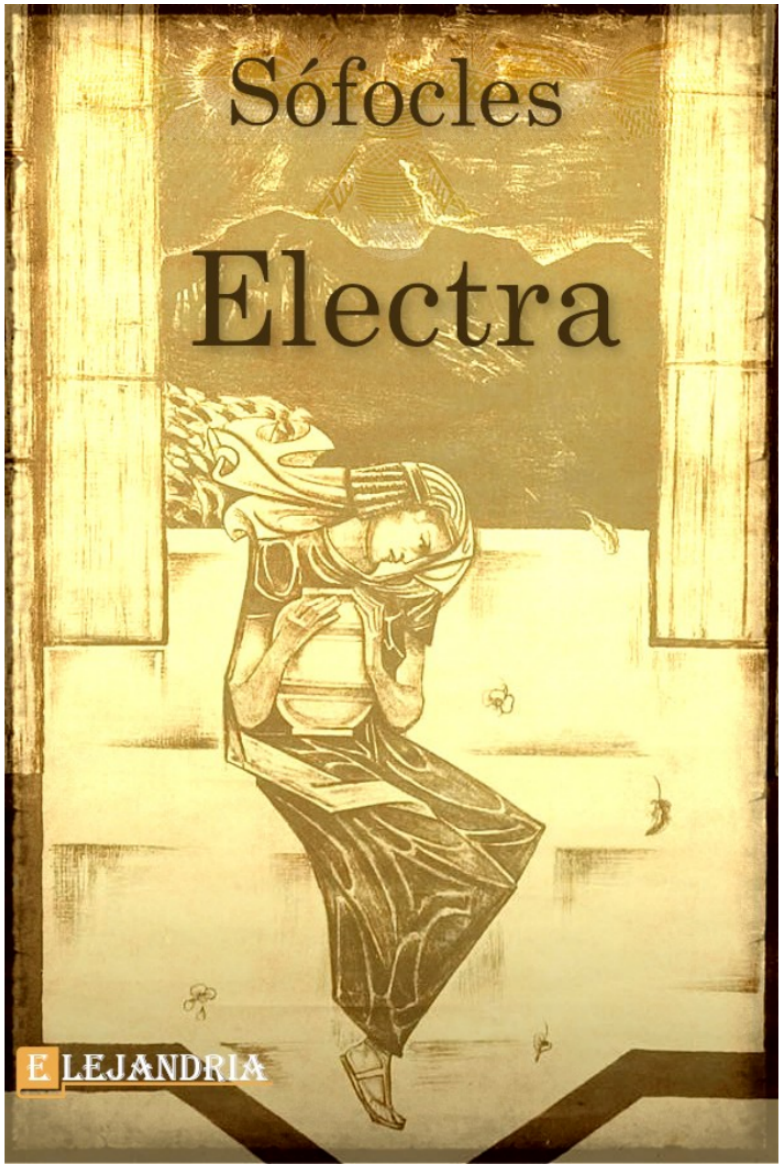
Sófocles

Electra



ELEJANDRIA

PERSONAJES

PEDAGOGO.
ORESTES.
ELECTRA.
CORO DE DONCELLAS.
CRISÓTEMIS.
CLITEMESTRA.
EGISTO.

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

(La escena tiene lugar ante el palacio real de Micenas. Desde allí se divisa la llanura de la Argólide. Está amaneciendo.)

PEDAGOGO. —¡Oh hijo de Agamenón, el que en otro tiempo estuvo al frente del ejército en Troya! Ahora te es posible— pues estás presente —contemplar aquello que siempre deseabas. Esta es la antigua Argos que anhelabas, recinto sagrado de la doncella, hija de Ínaco[1], la fustigada por el tábano. Aquí, Orestes, la plaza licia del dios matador de lobos. Este de la izquierda es el famoso templo de Hera. Desde este lugar, adonde hemos llegado, puedes afirmar que ves Micenas, la rica en oro. Y he ahí el palacio de los Pelópidas[2], desolado por los crímenes, de donde en otro tiempo te saqué después del asesinato de tu padre, habiéndote recibido de manos de tu hermana, la que lleva tu misma sangre, y poniéndote a salvo, te alimenté hasta tanto llegaras a la edad de ser vengador de la muerte de tu padre. Y ahora, ciertamente, Orestes y tú, Pílades, el más querido de los huéspedes, debéis tomar pronto una decisión sobre lo que tenéis que hacer, porque el brillante resplandor del sol provoca los cantos matutinos de las aves, nítidos ya, y la negra noche llena de estrellas nos ha abandonado. Antes de que alguna persona salga del palacio hay que ponernos de acuerdo, pues estamos llegando a un punto en el que ya no hay ocasión de dudar, sino que es momento de pasar a la acción.

ORESTES. —¡Oh el más querido de los servidores! ¡Cómo me das claras muestras de tu lealtad hacia nosotros! Pues, como un caballo de buena raza, aun siendo viejo, no pierde el coraje en los peligros, sino que yergue las orejas, así también tú nos alientas y tú mismo sigues estando entre los primeros. Por tanto, te revelaré lo que he resuelto, y tú, prestando oído atento a mis palabras, corrígeme si en algo no me

ajusto a lo que en este momento conviene.

Cuando yo llegué al oráculo pítico para conocer de qué modo vengaría a mi padre de sus asesinos, me responde Febo lo que al punto conocerás: que yo mismo, desprovisto de escudo y de ejército, con astucias, tramara las muertes justicieras por mi mano. Así, después que hemos oído tal oráculo, cuando se presente la ocasión, entra en palacio y trata de enterarte de todo lo que sucede, para que, una vez conocedor de ello, me lo comuniques claramente. No te reconocerán por tu vejez y por el largo tiempo pasado, ni sospecharán a causa del cabello cano.

Dirás lo siguiente: que eres extranjero, de Focea, que vienes de parte de Fanoteo, porque casualmente este es el mejor de sus amigos. Anuncia, reforzándolo con un juramento, que ha muerto Orestes debido a un fatal accidente, al rodar desde el carro en marcha durante los juegos píticos. Sea este tu relato. Nosotros, según lo ordenado, tras adornar la tumba de mi padre con libaciones y rizos cortados de la cabeza, volveremos de nuevo, sosteniendo en las manos la urna de paredes broncíneas que tú sabes tengo oculta entre unas matas, para, después de engañarles con esta historia, llevarles la dulce noticia de que mi cuerpo ha perecido, consumido por el fuego y convertido en polvo. ¿Por qué ha de inquietarme esto cuando, muerto de palabra, estoy de hecho vivo y voy a obtener fama con ello?

Pues me parece que ningún discurso que comporta provecho es malo. En efecto, he visto varias veces que, incluso los sabios, mueren falsamente de palabra, y después, cuando vuelven otra vez a casa, son aún más honrados. Así también yo me jacto de que, como resultado de esta noticia, brillaré vivo entre mis enemigos como una estrella.

Conque, ¡oh tierra patria y dioses locales!, recibidme victorioso en estos caminos, y tú, palacio paterno, pues vengo para purificarte según la justicia, impulsado por los dioses. Y no me expulséis de esta tierra sin honra, sino recibidme dueño de mi fortuna y restablecedor del palacio. Yo ya he hablado; ahora tú, anciano, ve y preocúpate de cumplir tu deber. Nosotros dos partimos. Este es el momento oportuno y esto constituye precisamente la mayor protección en toda empresa para los hombres.

ELECTRA. —*(Dentro de palacio.)* ¡Ay de mí! ¡Infortunada de mí!

PEDAGOGO. —Me ha parecido, hijo, oír dentro, a través de las puertas, el gemido de algún servidor.

ORESTES. —¿No será acaso la desgraciada Electra? ¿Quieres que permanezcamos aquí y que escuchemos sus lamentos?

PEDAGOGO. —En modo alguno. No emprendamos nada antes de realizar las órdenes de Loxias[3]. De acuerdo con ellas, comencemos

derramando libaciones por tu padre. Pues ello nos traerá la victoria y el dominio de las acciones emprendidas.

(Abandonan la escena los tres personajes y se presenta Electra.)

ELECTRA. —¡Oh luz inocente y aire que recubres por igual a la tierra! Muchas veces escuchaste cantos de duelo y muchas percibiste golpes en el pecho que me hacían brotar sangre, cuando la sombría noche terminaba. Los odiosos lechos de esta casa desdichada son ya conocedores de lo que ocurre durante la noche: cuántas veces gimo por mi infortunado padre, a quien el sangriento Ares[4] no recibió como huésped en tierra extranjera, sino que mi madre y el que comparte su lecho, Egisto, como leñadores a un árbol, le abrieron la cabeza con asesina hacha.

Y ningún lamento ante estos hechos parte de otro que no sea yo, por ti, padre, tan injusta y lastimosamente muerto. Pero, ciertamente, no cesaré en duelos y en sombríos lloros mientras vea los resplandecientes centelleos de las estrellas y la luz del día. No dejaré de hacer oír a todos el sonido de mi queja —cual ruiseñor que ha perdido a su hijo— en un plañido lastimero ante estas puertas paternas.

¡Oh morada de Hades y Perséfone! ¡Oh Hermes, que conduces a los infiernos, y venerable Maldición! Erinias, ilustres hijas de los dioses, que contempláis a los que han muerto injustamente, a los que han sido engañados en sus lechos, venid, socorredme, vengad el asesinato de mi padre y haced venir a mi hermano, pues sola no soy capaz de llevar equilibrado el peso de la pena que cargo al otro lado.

(Entra el Coro compuesto de mujeres de Micenas.)

ESTROFA 1.ª

CORO. —*¡Oh hija, hija de la más miserable madre, Electra! ¿En qué incesante lamento siempre te consumes por Agamenón, hace tiempo atrapado con engaños, impíamente, por falaz madre, traicionado por infame mano? ¡Cómo desearía que muriera el que ha causado esto, si me está permitido gritarlo!*

ELECTRA. —*¡Oh pueblo de noble raza! Habéis venido como consuelo de mis sufrimientos, me doy cuenta, soy consciente, no me pasa inadvertido. Pero no quiero descuidar esto: dejar de gemir por mi infortunado padre. ¡Oh vosotras que me respondéis con el agradecimiento de una total amistad! Dejadme que así vague de un lado a otro, ¡ah, ah!, os lo suplico*.

ANTÍSTROFA 1.ª

CORO. —*Pero no sacarás a tu padre de la laguna común a todos, del Hades, ni con gemidos ni con súplicas, sino que, abandonando la mesura, te destrozas en un dolor irremediable lamentándote siempre, sin encontrar en ello ninguna liberación de las desgracias. ¿Por qué no te evades de las aflicciones?*

ELECTRA. —*Insensato el que olvida a un padre que se ha ido de manera tan lamentable; mas, en cuanto a mi, es grato a mi pensamiento el pájaro que, turbado, se lamenta; el que constantemente se lamenta por Itis, por Itis, mensajero de Zeus. ¡Ah, Níobe, colmada de desgracias!, yo a ti te tengo por diosa, tú que en una roca que te sirve de tumba, ¡ay, ay!, lloras*.

ESTROFA 2.ª

CORO. —*No se te mostró sólo a ti entre los mortales, hija, el dolor. En esto tú te muestras más desmesurada que los que están dentro, con los que convives y son de la misma sangre por el nacimiento; de otra manera viven Crisótemis e Ifianasa*[5]. *Y en un lugar escondido para las penas, feliz en la juventud, Orestes, a quien la ilustre tierra de Micenas recibirá un día como a un bien nacido, cuando venga por gozosa resolución de Zeus*.

ELECTRA. —*A este yo, esperando incansable, sin hijos, infeliz, sin casamiento, siempre aguardo, bañada en lágrimas, con un destino de males sin fin. Pero él olvida las cosas que experimentó y aquello de lo que se ha enterado. Pues, ¿qué noticia me ha llegado que no haya sido falsa? Siente añoranza, pero, a pesar de ello, no considera oportuno dejarse ver*.

ANTÍSTROFA 2.ª

CORO. —*Ten confianza en mí; confía, hija. Aún está en el cielo el que observa y gobierna todas las cosas, el gran Zeus, a quien, si le transfieres el penosísimo resentimiento, ni estarás apenada en exceso por los que odias, ni los tendrás en olvido. Porque el Tiempo es divinidad que todo lo arregla, y ni el hijo de Agamenón, que está en la costa donde pacen bueyes, en Crisa, es indiferente, ni el dios que reina junto al Aqueronte*[6].

ELECTRA. —Pero *una gran parte de mi vida se me ha quedado ya atrás, sin que se cumplan mis esperanzas. Y no resisto más, yo que sin padres me consumo, sin que ninguna persona amiga proteja, sino que, igual que una extranjera indigna, soy una administradora de la casa de mi padre. Así, con indecoroso vestido, vago en tomo a mesas vacías*.

ESTROFA 3.ª

CORO. —*Grito quejumbroso tras el regreso, quejumbroso también en el lecho paterno, cuando fue contra él lanzado el golpe frontal del hacha broncínea. Engaño fue el consejero, amor quien lo mató tras engendrar de manera terrible una terrible apariencia, ya sea una divinidad, ya un mortal el que ha realizado eso*.

ELECTRA. —*¡Oh día aquel en que te presentaste a mí como el más odioso de todos! ¡Oh noche! ¡Oh terrible aflicción del banquete*

inenarrable! Mi padre conoció la vergonzosa muerte por las mismas dos manos que se han apoderado de mi vida convirtiéndola en cautiva. Me han destruido; a ellos el gran dios del Olimpo quiera procurarles el padecimiento de penas vengadoras, y ojalá no disfruten del triunfo tras haber cometido tales actos.

ANTÍSTROFA 3.ª

CORO. —*Reflexiona y no sigas adelante en tus palabras. ¿No te das cuenta de qué argumentos te vales ahora para precipitarte ignominiosamente hacia tu propia desgracia? ¿Te has procurado algo mejor que desgracias al originar siempre disputas por tu ánimo malhumorado? Pues tales cosas no son para discutir con los poderosos, en el trato con ellos*.

ELECTRA. —*Por terribles circunstancias he sido forzada, por terribles circunstancias. Lo sé, soy consciente de mi cólera. Pero ni en ellas refrenaré esta obstinada actitud mientras tenga vida. Porque, ¿a quién, oh linaje querido, podría yo escuchar un consejo oportuno? ¿A quién que razone convenientemente? Dejadme, dejadme, consoladoras mías. Esto ha de ser considerado irremediable. Nunca pondré fin a mis sufrimientos y habrá un sinnúmero de lamentaciones*.

EPODO.

CORO. —*Pero es con ánimo benevolente, como una madre leal, como te digo que no engendres desgracia sobre desgracia*.

ELECTRA. —*¿Y cuál es la medida de la maldad? ¡Ea!, dilo. ¿Cómo puede ser bueno despreocuparse de los que han muerto? ¿En qué hombre se ha engendrado esta idea? ¡Ojalá no sea yo estimada entre estos, ni habite con ellos satisfecha si estoy en la verdad, dejando de lanzar al aire agudos lamentos que dan honra a mi padre!*

Pues si el muerto, siendo polvo y nada, ha de yacer desgraciado, y ellos, en cambio, no pagan las penas que son precio de su muerte, se podría perder el respeto y la piedad en todos los mortales.

CORIFEO. —Yo, hija, he venido procurando por lo tuyo tanto como por lo mío. Y si no hablo con sensatez, prevalezca tu opinión. Nosotras te seguiremos.

ELECTRA. —Siento vergüenza, mujeres, de pareceros que estoy demasiado afligida por mis muchos gemidos, pero la fuerza de los hechos me obliga a hacerlo. Disculpadme. Mas ¿cómo la mujer que es bien nacida no haría esto al ver las desgracias paternas? Desgracias que, más que declinar, veo yo crecer incesantemente de día y de noche. Y así, primeramente, las relaciones con la madre que me engendró han resultado aborrecibles. Además, vivo en mi propia casa con los asesinos de mi padre y por ellos soy dominada y en ellos está el que yo reciba algo o, del mismo modo, que quede privada de ello.

Y además, ¿qué clase de días os parece que arrastro, cuando veo a Egisto sentado en el trono paterno y observo que lleva los mismos vestidos que aquel y que ofrece libaciones junto al hogar donde le mató? Y el colmo del ultraje: veo al asesino en el lecho de mi padre con la infeliz de mi madre, si se debe llamar así a la que yace con este; ella, tan malvada como para vivir con un infame sin temer a ninguna Erinis; antes bien, como quien se regocija por lo que ha hecho, cuando descubre el día en el que otrora mató a mi padre con engaño, organiza coros y ofrece ovejas para ser sacrificadas mensualmente a los dioses salvadores. Y yo, al verlo, desventurada, lloro dentro de la casa, me consumo y me lamento a solas conmigo misma por este infortunado festín celebrado en el nombre de mi padre. Y ni siquiera me es posible llorar tanto como para complacer a mi ánimo. Pues esa mujer «noble por sus palabras», llamándome a voces, me lanza injurias de esta clase: «Oh ser impío y odioso, ¿acaso se te ha muerto a ti sola el padre? ¿Ningún otro mortal está en duelo? ¡Ojalá mueras miserablemente y los dioses infernales no te liberen nunca de los lamentos actuales!». Con esta arrogancia habla, excepto cuando oye de alguno que Orestes vendrá; entonces, a mi lado, furiosa, me grita: «¿No eres tú la causa de estas cosas? ¿No es esto obra tuya, que, habiéndome arrebatado a Orestes de mis manos, lo pusiste a resguardo en secreto? Pero sábete que pagarás la pena que mereces». Con estas palabras me insulta y, a su lado, la incita su «ilustre esposo», ese cobarde en todo, la maldad en persona, el que libra las batallas con las mujeres Mientras que yo, esperando siempre que Orestes se presente para hacer cesar esta situación, me muero, ¡infeliz! Porque, en esa constante demora, ha destruido todas las esperanzas presentes y por venir. En semejante situación, amigas, no es posible ni ser sensata ni piadosa; antes bien, en las desgracias es forzoso, incluso, practicar el mal.

CORIFEO. —Ea, dime, ¿nos dices esto estando Egisto cerca o porque se ha ido del palacio?

ELECTRA. —¡Ciertamente! No creas que yo, si él estuviera cerca, vendría ni a las puertas. Ahora está en los campos.

CORIFEO. —Verdaderamente también yo llegaría a hablar más confiadamente contigo si esto es así.

ELECTRA. —Ya que ahora está ausente, infórmate de lo que quieras.

CORIFEO. —Pues bien, te pregunto: ¿qué tienes que decir de tu hermano, si viene ya o se demora? Quiero saberlo.

ELECTRA. —Al menos lo dice, pero, a pesar de ello, nada hace de lo que dice.

CORIFEO. —Cuando un hombre acomete una gran acción suele

vacilar.

ELECTRA. —En lo que a mí respecta le salvé sin vacilación.

CORIFEO. —Ten confianza. Tiene un natural noble como para proteger a los suyos.

ELECTRA. —Estoy convencida, ya que, si no, no hubiera vivido tanto tiempo.

CORIFEO. —Ahora no digas nada más, porque veo a tu hermana, a Crisótemis, hija por linaje del mismo padre y de la misma madre, que, procedente de la casa, lleva ofrendas fúnebres en sus manos, como se acostumbra a practicar con los muertos.

CRISÓTEMIS. —¿Qué noticias has venido a traer junto a las puertas del vestíbulo, oh hermana, sin querer aprender después de tan largo tiempo a no complacer en vano tu cólera inútil? Sé que también yo, ciertamente, sufro en las presentes circunstancias, hasta el punto de que, si yo tuviera fuerza, les haría ver cuáles son mis sentimientos para con ellos. Pero ahora, en medio de las desgracias, me parece mejor navegar con las velas recogidas y no creer que estoy haciendo algo sin hacer daño en realidad.

Otro tanto quiero que hagas también tú. Aunque lo justo no está en lo que yo digo, sino en lo que tú crees. Pero si he de vivir en libertad, tienen que ser obedecidos en todo los que mandan.

ELECTRA. —Es terrible que, siendo hija de un padre como el tuyo, le hayas olvidado y te preocupes de la que te engendró. Todas las advertencias que me has hecho las has aprendido de aquella y nada dices por ti misma. Según esto, escoge una de las dos cosas: o razonar imprudentemente o, haciéndolo con prudencia, olvidar a los tuyos. Porque acabas de decir que, si tuvieras fuerza, mostrarías el odio que les tienes, pero, cuando yo me dispongo a vengar a nuestro padre, hasta las últimas consecuencias, no colaboras, y obstaculizas a quien intenta hacerlo. ¿No es esto cobardía unida a las desgracias? Porque, enséñame— o aprende de mí —qué ventaja obtendría si cesara de lamentarme. ¿Acaso no vivo? De mala manera, lo sé, pero me es suficiente. Inquieto a estos, con lo que procuro satisfacciones al muerto, si es que hay algún tipo de gratificación allá abajo. Mientras que tú, que los «odias», lo haces sólo de palabra, pero de hecho convives con los asesinos de tu padre. Yo, por mi parte, nunca condescendería con ellos, ni aunque alguien me fuera a traer los privilegios por los que ahora te envaneces. Que ante ti haya una mesa colmada y te sea la vida fácil. ¡Que tenga yo por único alimento el no contradecirme a mí misma! No deseo alcanzar tus privilegios, ni tú los desearías si fueras juiciosa.

Y ahora, pudiendo ser llamada hija del mejor de todos los padres,

hazte llamar hija de tu madre, pues así te mostrarás perversa ante los más por haber traicionado a tu padre muerto y a los tuyos.

CORIFEO. —Nada digas a impulsos de la cólera, ¡por los dioses! Porque en los discursos de ambas partes hay algo de provecho, si tú aprendes a hacer uso de las palabras de esta y ella, a su vez, de las tuyas.

CRISÓTEMIS. —Yo, mujeres, de alguna manera estoy acostumbrada a las razones de esta, y no le hubiera dicho nada, si no hubiera oído que una tremenda desgracia se abate sobre ella, tal que la contendrá en sus largos lamentos.

ELECTRA. —Ea, dime eso tan terrible, pues, si me vas a anunciar algo peor que lo presente, no podría objetarte.

CRISÓTEMIS. —Te diré todo cuanto yo sé: van a enviarte, si no cesas en estos lamentos, allí donde nunca verás el resplandor del sol, y habrás de cantar tus desgracias, mientras vivas, en un refugio abovedado[7], lejos de esta tierra. Ante esto medita y no te me quejes después, cuando lo padezcas. Ahora es un buen momento de juzgar con cordura.

ELECTRA. —¿Verdaderamente han decidido hacer eso conmigo?

CRISÓTEMIS. —Sí, cuando Egisto vuelva a casa.

ELECTRA. —Si es por este motivo, ¡ojalá volviera pronto!

CRISÓTEMIS. —¡Qué imprecación has hecho, desgraciada!

ELECTRA. —Que vuelva aquel, si tiene intención de hacer algo de esto.

CRISÓTEMIS. —¿Qué hace falta para que te muestres sensible? ¿Dónde está tu sentido común?

ELECTRA. —Me lleva a escapar lo más lejos posible de vosotros.

CRISÓTEMIS. —¿Y no haces mención de tu vida presente?

ELECTRA. —¡Pues es bella mi existencia como para admirarla!

CRISÓTEMIS. —Pero lo sería, si aprendieras a razonar con cordura.

ELECTRA. —No me enseñes a ser infiel a los míos.

CRISÓTEMIS. —No te enseño eso, sí a someterte a los que tienen el poder.

ELECTRA. —Halágales tú con esas razones. No le van a mi modo de ser.

CRISÓTEMIS. —Bueno es, sin embargo, no sucumbir por insensatez.

ELECTRA. —Sucumbiré, si es necesario, para vengar a mi padre.

CRISÓTEMIS. —Nuestro padre, lo sé, es capaz de perdonar.

ELECTRA. —Esas son palabras para ser aplaudidas por cobardes.

CRISÓTEMIS. —¿Y tú no te persuadirás y estarás de acuerdo conmigo?

ELECTRA. —No, ciertamente. ¡Que nunca esté yo privada de juicio

hasta ese punto!

CRISÓTEMIS. —En ese caso, me iré hacia donde me disponía.

ELECTRA. —¿Adónde te diriges? ¿A quién llevas esas ofrendas?

CRISÓTEMIS. —Nuestra madre me envía a derramar libaciones sobre la tumba del padre.

ELECTRA. —¿Cómo dices? ¿Al que le es el más odiado de los hombres?

CRISÓTEMIS. —Al que dio muerte ella misma, pues es esto lo que quieres decir.

ELECTRA. —¿Por cuál de sus amigos ha sido persuadida? ¿A quién dio satisfacción con ello?

CRISÓTEMIS. —Según creo, a causa de un terror nocturno.

ELECTRA. —¡Oh dioses patrios! Socorredme al menos ahora.

CRISÓTEMIS. —¿Tienes alguna confianza en ese temor?

ELECTRA. —Si me cuentas la visión, te lo podría decir.

CRISÓTEMIS. —Pero sólo puedo contártela en una pequeña parte.

ELECTRA. —Dímelo, sin embargo, pues con frecuencia unas pocas palabras han hecho fracasar o prosperar grandemente a los mortales.

CRISÓTEMIS. —Existe el rumor de que ella ha visto que nuestro padre, en una segunda aparición, se presentaba a la luz y, tras coger el cetro que él mismo llevaba en otro tiempo y ahora lleva Egisto, lo clavó en el hogar, y que de este había brotado un nuevo tallo florecido con el que se había ensombrecido toda la tierra de Micenas. Estas cosas se las oí relatar a uno que había estado presente cuando ella exponía el sueño al Sol. No sé nada más, excepto que aquella me envía a causa de este terror. Ahora, ¡por los dioses de nuestra raza!, te suplico que te dejes persuadir por mí y que no te pierdas por insensatez, porque, si me rechazas, vendrás a buscarme de nuevo cuando te acompañe la desgracia.

ELECTRA. —¡Oh querida!, no deberías ofrendar en la tumba nada de lo que tienes en tus manos, pues no te es lícito ni piadoso depositar presentes ni hacer libaciones a nuestro padre de parte de una mujer odiosa. Hazlo desaparecer por los aires o bajo espesa capa de polvo, de forma que ninguno de ellos pueda llegar nunca al sepulcro de nuestro padre. ¡Que, cuando ella muera, se le conserven allá abajo como tesoros!

Si no hubiera sido la más atrevida de todas las mujeres, en modo alguno hubiera ofrecido nunca libaciones malévolas al que había dado muerte. Pues juzga si crees que el muerto recibirá en la tumba estos obsequios con un sentimiento benevolente para aquella por obra de la cual fue muerto indecorosamente y mutilado, como si fuera una persona hostil, después que ella, para purificarse, secó las manchas de

sangre en la cabeza de él. ¿Acaso crees que esto le reporta liberación de su asesinato? No es posible.

Por ello, suéltalo y, habiendo cortado las puntas de los rizos de tu cabeza, y de la mía —desdichada, aunque esto sea poco, es lo único que tengo—, ofrécele esta lucida cabellera y este ceñidor mío que no está trabajado con lujos, y pídele, cayendo encima de la tumba, que él mismo venga del fondo de la tierra, con ánimo bien dispuesto para nosotras, a vengar a los enemigos, y que su hijo Orestes, vivo, en ataque victorioso pisotee a sus enemigos, a fin de que en el futuro le coronemos con manos más ricas que las ofrendas de ahora. Ciertamente creo, estoy segura, que por algo le interesaba también a aquel enviarle estos sueños siniestros. Pero, a pesar de ello, préstate estos servicios a ti misma y también a mí y a nuestro común padre, el más querido de todos los hombres, que yace en el Hades.

CORIFEO. —La joven habla piadosamente y tú, si eres sensata, oh querida, lo harás.

CRISÓTEMIS. —Lo haré, pues no tiene sentido mantener una discusión entre dos acerca de una cosa justa, sino apresurarse a su ejecución.

Mientras intento llevar a cabo estas acciones, guardad silencio, ¡por los dioses!, amigas, porque, si mi madre se entera de esto, pienso que la empresa a la que me voy a atrever resultará amarga.

CORO.

ESTROFA.

Si yo no soy adivino insensato y falto de juicio, está a punto de venir la hacedora de presagios, la Justicia, llevando en sus manos justos poderes. Irá en busca de ellos, ¡oh hija!, sin dejar transcurrir mucho tiempo. En el fondo tengo confianza, después que he oído gratos sueños. Pues nunca olvidan, ni el rey de los helenos que te engendró, ni la vieja hacha de doble filo[8] *fabricada en bronce que le mató en medio de los más injuriosos ultrajes.*

ANTÍSTROFA.

Llegará también la Erinis de muchos pies y manos, infatigable, la que en terribles emboscadas acecha. Pues el empeño de una unión manchada de sangre, sin lecho nupcial, sin casamiento, acometió a quienes no les era lícito. Por lo tanto, existe la esperanza de que nunca, nunca un presagio se nos hará presente sin que cause daño a sus autores y cómplices. O ciertamente, no existen señales de adivinación para los hombres en los sueños terribles o en los oráculos, si esta visión nocturna no se realiza.

EPODO.

¡Ah de la antigua y dolorosa carrera de carros de Pélope! ¡Cómo has venido a ser largamente dolorosa para esta tierra[9]*! Pues desde que*

Mirtilo durmió el sueño de la muerte tras ser precipitado al mar, totalmente destruido al ser lanzado desde su carro de oro por un triste infortunio, no dejó de haber nunca en la casa alguna penosa desgracia.

CLITEMESTRA. —A lo que parece, vas y vienes libre otra yez. Pues no está aquí Egisto que te impedía avergonzar a los tuyos estando en la puerta. Pero ahora, como aquel está ausente, no me haces ningún caso. Sin embargo, muchas veces has dicho a voz en cuello ante mucha gente que yo gobierno con insolencia y contra justicia, injuriándote a ti y lo tuyo. Pero yo no soy insolente, y hablo mal de ti porque con frecuencia oigo lo mismo por parte tuya. Tu padre, y nada más, es siempre para ti el pretexto: que fue muerto por mí. Por mí, lo sé bien, no puedo negarlo; la Justicia se apoderó de él, no yo sola, a la que deberías ayudar si fueras sensata. Este padre tuyo, al que siempre estás llorando, fue el único de los helenos que se atrevió a sacrificar a tu hermana a los dioses. ¡No tuvo él el mismo dolor cuando la engendró que yo al darla a luz! Anda, muéstrame por qué causa la sacrificó. ¿Es que vas a decir que por los argivos? Ellos no tenían derecho a dar muerte a la que era mía. Por consiguiente, habiendo matado lo mío en favor de su hermano Menelao, ¿no iba a pagarme el castigo por ello? ¿Acaso no tenía aquel dos hijos, los cuales era más natural que murieran que ella, por ser hijos del padre y de la madre a causa de la que tenía lugar esa expedición?

¿O acaso tenía Hades mayor deseo de devorar a mis hijos que a los de aquella? ¿Es que en el muy infame padre se había esfumado el amor por los hijos habidos conmigo y existía, en cambio, por los de Menelao? ¿No es esto mentalidad de un padre desconsiderado y perverso? Así lo creo, aunque hable de modo distinto a lo que opinas.

Y la que está muerta, si tomara voz, lo confirmaría. Yo no estoy afligida por lo que he hecho. Si a ti, por tu parte, te parece que no tengo razón, censura a los que te rodean, pero con una argumentación razonable.

ELECTRA. —Al menos ahora no dirás de mí que inicié algo molesto después que tuve que escuchar esto de ti hasta el final. Pero, si me lo permites, hablaría con verdad sobre el muerto, a la vez que sobre mi hermana.

CLITEMESTRA. —Desde luego que te lo permito. Si dieras así siempre comienzo a tus palabras, no serías tan molesta de oír.

ELECTRA. —Entonces te hablo. Dices que has dado muerte a mi padre. ¿Qué expresión más vergonzosa que esta podría ya existir, bien lo hayas hecho con razón o no? Te diré, además, que no lo mataste con justicia precisamente, sino que te arrastró a ello el obedecer al malvado varón con el que ahora vives. Pregunta a la cazadora Ártemis

en castigo de qué retuvo en Áulide los frecuentes vientos, o yo te lo diré, pues no es lícito aprenderlo de ella.

En otro tiempo, mi padre, según yo tengo oído, cuando cazaba en el recinto sagrado de la diosa, con sus pisadas, hizo levantarse a un cornudo ciervo moteado. En ocasión del sacrificio de este, sucedió que lanzó lleno de jactancia ciertas palabras. Por esto, habiéndose encolerizado la doncella hija de Leto, retuvo a los aqueos a fin de que mi padre, en compensación por el animal, sacrificara a su propia hija. Así tuvo lugar el sacrificio de aquella, porque no había otro medio de liberación para el ejército, ni para volver a casa ni hacia Ilión. Ante esto, coaccionado por todas partes y oponiendo mucha resistencia, la sacrificó muy a su pesar y no a causa de Menelao.

Pero —y voy a hablar con tu razonamiento— si por querer ayudar a aquel lo hubiera hecho, ¿era necesario que, a causa de ello, muriese por obra tuya? ¿Según qué ley? Cuida no sea que, por establecer este principio entre los hombres, reporte dolor y arrepentimiento para ti misma. Porque, si damos muerte a uno en defensa de otro, tú podrías morir la primera si se hiciera justicia. Ten cuidado no establezcas un pretexto inexistente.

Dinos, si quieres, por qué motivo cometes ahora las más vergonzosas de todas las acciones, cuando te acuestas con el criminal, con cuya ayuda has matado antes a nuestro padre, y tienes hijos de él y has desechado a los que engendraste antes en tu matrimonio legal. ¿Cómo podría yo alabar estas cosas? ¿Acaso también dirás que estás vengando a tu hija? Sería vergonzoso si lo alegas. No está bien casarse con un enemigo por causa de una hija.

Pero ni siquiera es posible reprenderte a ti, porque lanzas a toda voz que yo injurio a mi madre. Yo te considero más un ama que una madre para mí, puesto que llevo una mísera vida y soy víctima, por tu culpa y la de tu compañero, de innumerables males. Y el otro, desterrado, que a duras penas escapó de tu mano, el infortunado Orestes, arrastra una vida desgraciada. Muchas veces me has acusado de criarle para que tome venganza contra ti. Y esto, si tuviera fuerza, lo haría yo, entérate bien. Por ello, proclama ante todos, si quieres, que soy malvada y deslenguada y llena de desvergüenza. Si por naturaleza soy experta en todas estas cosas, tal vez sea que no desdigo de tu estirpe.

CORIFEO. —Veo que respira cólera, pero no veo que le preocupe si tiene razón.

CLITEMESTRA. —¡Qué cuidado voy a tener por esta que injuria a su madre con tales insultos y eso a su edad! ¿No te parece que podría llegar a todo tipo de acciones sin ninguna vergüenza?

ELECTRA. —Entérate bien de que yo siento vergüenza por esto, aunque no te lo parezca. Comprendo que hago cosas intempestivas y que no son apropiadas para mí. Pero la hostilidad que de ti me viene y tus actos me fuerzan a hacerlo. En acciones deshonrosas se aprende a obrar deshonrosamente.

CLITEMESTRA. —¡Oh criatura sin consideración! Ciertamente que yo, mis palabras y mis obras te dan que hablar en exceso.

ELECTRA. —Tú lo dices, no yo. Tú realizas el hecho y las acciones se procuran las palabras.

CLITEMESTRA. —Pero ¡por la diosa Ártemis! ¡No escaparás por esta osadía cuando venga Egisto!

ELECTRA. —¿Ves? Te has dejado llevar por la cólera. Aunque me habías permitido decir lo que quisiera, no sabes escuchar.

CLITEMESTRA. —¿Y no me vas a dejar ni hacer un sacrificio bajo un devoto murmullo, después de que te permití soltarlo todo?

ELECTRA. —Te dejo, te invito a ello, haz el sacrificio y no acuses a mi lengua, porque no podría decir ya más.

CLITEMESTRA. —Tú, la que me acompañas, alza la ofrenda de todos los frutos, a fin de que ofrezca a esta divinidad súplicas que sean liberadoras de los miedos que ahora tengo.

Escucha ya, Febo protector, mis palabras ocultas. Pues no te dirijo la oración ante amigos, ni conviene que todo salga a la luz mientras esa se encuentre cerca de mí, para que no vaya divulgando ya, por toda la ciudad, equívoca fama acompañada de rencor y maldiciente palabra. Por consiguiente, escúchame así, que de este modo yo te hablaré.

Las visiones de oscuros sueños que en esta noche he tenido concede, rey Licio, que se cumplan si se han aparecido para bien, pero, si han sido hostiles, remítelas de nuevo a los enemigos. Y si algunos maquinan con engaños despojarme de la riqueza que disfruto, no lo permitas, sino concédeme que, llevando una vida sin daño, rija el palacio y el cetro de los Atridas viviendo con los amigos que ahora tengo en una feliz existencia, y con aquellos de mis hijos en los que no se encuentre animadversión hacia mí o un amargo resentimiento.

¡Oh Apolo Licio! Oyendo benévolo esto, concédenoslo a todos nosotros tal y como te lo pedimos. Todo lo demás, aunque yo lo silencie, supongo que en tu calidad de dios lo conoces. Pues es natural que los hijos de Zeus vean todo.

(Entra el PEDAGOGO.)

PEDAGOGO. —Mujeres extranjeras, ¿cómo podría yo saber con

precisión si este es el palacio del rey Egisto?

CORIFEO. —Este es, oh extranjero. Exactamente lo has adivinado.

PEDAGOGO. —¿Acaso también estoy adivinando que esta es su esposa? Pues se advierte que tiene la prestancia de una reina.

CORIFEO. —Nada más cierto: ella es quien está junto a ti.

PEDAGOGO. —¡Te saludo, reina! Llego trayendo gratas noticias de parte de una persona amiga para ti y también para Egisto.

CLITEMESTRA. —Acojo favorablemente tus palabras. Deseo saber de ti, ante todo, quién te envía.

PEDAGOGO. —Fanoteo el Focense, para anunciarte un importante asunto.

CLITEMESTRA. —¿Cuál, oh extranjero? Habla, porque sé bien que, siendo de parte de un amigo, traerás palabras amistosas.

PEDAGOGO. —Orestes está muerto. Resumiendo, brevemente lo anuncio.

ELECTRA. —¡Qué desdichada me siento! Acabada estoy en este día.

CLITEMESTRA. —¿Qué dices, qué dices? ¡Oh extranjero!, no escuches a esta.

PEDAGOGO. —Digo, como acabo de hacerlo, que Orestes ha muerto.

ELECTRA. —Estoy muerta, ¡infortunada!, ya nada soy.

CLITEMESTRA. —*(A Electra.)* Tú ocúpate de tus asuntos[10]. Y tú, extranjero, dime la verdad, ¿de qué modo murió?

PEDAGOGO. —He sido enviado para esto y todo te lo contaré. Habiendo llegado aquel al famoso certamen, orgullo de Grecia, a la búsqueda de los premios délficos, cuando oyó el agudo pregón del hombre que proclamaba la carrera pedestre, de la que se celebraba la primera prueba, se presentó radiante, objeto de admiración para todos los presentes. Habiendo igualado a la brillantez de su natural el resultado de la carrera, salió llevando el muy honroso galardón de la victoria.

No sé cómo contarte unas pocas hazañas y victorias entre las muchas realizadas por semejante hombre, pero entérate de una sola cosa: de cuantas pruebas hicieron proclamar los jueces se llevó los premios de la victoria. Se le consideró dichoso cuando fue celebrado como argivo y como Orestes —su nombre—, hijo de Agamenón, el que en otro tiempo reuniera el famoso ejército de la Hélade. Y así estaban las cosas. Pero cuando alguno de los dioses se propone hacer daño, ni aun siendo fuerte se puede uno librar.

Al otro día, cuando a la salida del sol tenía lugar la prueba de la carrera de carros, aquel se presentó entre numerosos aurigas. Uno era aqueo, otro de Esparta, dos eran libios[11], conductores de carros uncidos. Él era el quinto entre estos, con yeguas tesalias. El sexto

procedía de Etolia, con potras alazanas. El séptimo era de Magnesia. El octavo, con blancos caballos, de estirpe *eniana*. El noveno, venido de Atenas, la ciudad fundada por los dioses. Otro, beocio, completaba el décimo carro.

Habiéndose colocado donde los jueces encargados les habían designado por sorteo y donde estaban dispuestos los carros, se lanzaron al son de la trompeta de bronce. Al mismo tiempo que excitaban a gritos a los caballos, agitaban las riendas en sus manos. Todo el estadio se llenó del estrépito de los trepidantes carros. El polvo se elevaba hacia el cielo. Todos mezclados a la vez, no escatimaban las picas para que cada uno de ellos pudiera sobrepasar los bujes de los otros carros y a los caballos que relinchaban. Al mismo tiempo el aliento de los corceles espumeaba e irrumpía en torno a sus espaldas y a las ruedas en movimiento.

Aquel, estando justo al pie del último poste, acercaba una y otra vez el cubo de la rueda hasta rozarlo y, al tiempo que dejaba más suelto al caballo uncido de la derecha, retenía al que estaba en su lado. Al principio todos los carros estuvieron en pie, pero después los caballos del *eniano* se precipitan con fuerza, desbocados y, al volverse, terminando la sexta vuelta y ya en la séptima, chocan de frente con el carro barceo. Entonces, a causa de un solo infortunio, se destrozan y se caen unos sobre otros, y toda la llanura de Crisa se llenó de restos de carros volcados. Al darse cuenta, el diestro conductor de Atenas se aparta hacia afuera y se detiene, dejando que pasen por el centro los carros y caballos mezclados en confusión. Orestes, que mantenía los potros al final porque confiaba en la última vuelta, avanzaba el último. Pero cuando ve que ha quedado solo aquel, haciendo resonar un agudo chasquido en las orejas de los rápidos corceles, se lanza en su persecución.

Y avanzaban igualados los dos en los troncos, sacando desde los carros, unas veces uno y otras el otro, la cabeza. En todas las demás vueltas se mantuvo erguido con seguridad, derecho, el infortunado, en un carro también derecho. Después, suelta la rienda izquierda en un momento en que el caballo está doblado y tropieza con el extremo de la meta sin advertirlo. Rompió por la mitad el extremo del eje y cayó desde la baranda del carro. Se enrosca en las bien cortadas riendas. Al caer él al suelo, los caballos se dispersaron por en medio de la pista.

Cuando la multitud le ve derribado, prorrumpe en gritos de lamento por el joven que, habiendo realizado semejantes hazañas, alcanza ahora tales infortunios. Arrastrado unas veces por el suelo y otras apareciéndo las piernas por el aire, hasta que los otros conductores, reteniendo con esfuerzo la carrera de los caballos, lo

soltaron cubierto de sangre, de modo que ninguno de sus amigos hubiera podido reconocerle, si hubiera visto el desdichado cuerpo.

Después de quemarle en una pira, unos hombres focenses designados para ello traen en una pequeña urna de bronce un gran cuerpo que sólo es miserable ceniza, para que obtenga enterramiento en la tierra paterna. Tales son los hechos, dolorosos para narrarlos, pero, para nosotros que los vimos, la más grande de todas las desgracias que yo he contemplado.

CORIFEO. —¡Ay, ay! A lo que parece se ha extinguido para mis antiguos soberanos todo el linaje desde la raíz.

CLITEMESTRA. —Oh Zeus, ¿qué es esto? ¿Acaso debo decir que son acontecimientos afortunados o terribles aunque provechosos? Es doloroso que tenga que salvar la vida con mi propia desgracia.

PEDAGOGO. —¿Por qué estás angustiada, oh mujer, por mis actuales palabras?

CLITEMESTRA. —Es extraño dar a luz. No se consigue odiar a los que has engendrado, ni aun sufriendo males por ellos.

PEDAGOGO. —En vano hemos llegado, a lo que parece.

CLITEMESTRA. —Ciertamente que no en vano. ¿Cómo podrías decir en vano, si me vienes con pruebas fidedignas de la muerte de quien, nacido de mi vida, pero apartado de mis pechos y de mi alimento, vivía fuera de la patria, desterrado, y no me había visto desde que salió de esta tierra y, reprochándome el asesinato de su padre, me amenazaba con llevar a cabo hechos terribles, de suerte que ni de noche ni de día podía yo cubrir los ojos con dulce sueño, sino que el tiempo, momento a momento, pasaba como si fuera a morir? Pero ahora, en este día, he sido liberada del temor que sentía ante esta y ante aquel. Esta era para mí mayor daño por vivir conmigo y estar bebiendo siempre la sangre pura de mi vida. Ahora, por lo que se refiere a sus amenazas, podré vivir tranquila.

ELECTRA. —¡Ay de mí, desgraciada! Ahora me es posible, Orestes, lamentar tu desventura, cuando en tal situación eres ultrajado por parte de semejante madre. ¿Acaso está bien?

CLITEMESTRA. —Tú, ciertamente, no. Aquel sí está bien como está.

ELECTRA. —Escucha, ¡oh Némesis del que acaba de morir!

CLITEMESTRA. —Escuchó lo que debía y sancionó con razón.

ELECTRA. —Sigue hablando con insolencia, pues ahora te encuentras feliz.

CLITEMESTRA. —Ni Orestes ni tú vais a desposeerme de este estado.

ELECTRA. —Nosotros somos los desposeídos y no estamos en condiciones de desposeerte a ti.

CLITEMESTRA. —*(Dirigiéndose al.)*

PEDAGOGO
Si con tu venida hicieras cesar a esta en sus maldicientes gritos, ¡oh extranjero!, serías merecedor de alcanzar muchas recompensas.

PEDAGOGO. —Así, pues, podría regresar a casa, si la situación está en orden.

CLITEMESTRA. —De ningún modo, porque en este caso no podrías obtener un trato digno de mí ni del huésped que te ha enviado. Entra al interior. Deja que esta vocee fuera sus propias desgracias y las de su gente.

(Entran en la casa Clitemestra y el PEDAGOGO.)

ELECTRA. —¿Acaso os parece que llora o se lamenta con excesiva tristeza y dolor, la desdichada, por el hijo muerto de este modo? ¡Y aun se ha ido riendo! ¡Ay, infortunada de mí! ¡Queridísimo Orestes! ¡Cómo me has perdido con tu muerte! Te has ido y me has arrancado de mi corazón las únicas esperanzas que aún quedaban en mí: que tú habías de llegar un día sano y salvo como vengador de nuestro padre y de mí, ¡desdichada! Así, pues, ¿adónde debo volverme? Pues estoy sola, privada de ti y de mi padre. Preciso es que ahora viva de nuevo sometida entre los que me son los más odiosos de todos los hombres, los asesinos de mi padre. ¿Es eso apropiado para mí? Pero yo no entraré a vivir con ellos de ahora en adelante, sino que, dejándome caer frente a esta puerta, sin amigos, consumiré mi vida. Ante esto, que alguno de los de dentro me mate, si se siente incómodo, que, si lo hace, me hará un favor, mientras que, si vivo, será motivo de tristeza. Ningún deseo tengo de vivir.

CORO.

ESTROFA 1.ª

¿Dónde están los rayos de Zeus o dónde el brillante sol si, cuando ven estas cosas, se ocultan tranquilos?

ELECTRA. —*¡Ah, ah! ¡Ay!*

CORO. —*Oh hija, ¿por qué lloras?*

ELECTRA. —*¡Ay de mí!*

CORO. —*No grites tan fuerte.*

ELECTRA. —*Me perderás.*

CORO. —*¿Cómo?*

ELECTRA. —*Si me haces concebir esperanzas por los que claramente se han ido al Hades, me pisoteas aún más a mí, que ya estoy agotada.*

ANTÍSTROFA 1.ª

CORO. —*Pues sé que el señor Anfiarao fue ocultado por una diadema de mujer labrada en oro y ahora bajo tierra…*

ELECTRA. —*¡Ah, ah! ¡Ay!*

CORO. —*… reina totalmente vivo.*

ELECTRA. —*¡Ay de mí!*

CORO. —*¡Ay! Sí, pues la funesta…*

ELECTRA. —*Fue muerta.*

CORO. —*Sí.*

ELECTRA. —*Lo sé, lo sé. Apareció un vengador para el que estaba en duelo. Pero para mí ninguno existe ya, pues quien todavía existía se ha ido como arrebatado.*

ESTROFA 2.ª

CORO. —*Te sientes desgraciada por acontecimientos desgraciados.*

ELECTRA. —*Lo sé, lo sé muy bien, a lo largo de una vida cargada de numerosas y terribles desdichas.*

CORO. —*Conocemos a lo que te refieres.*

ELECTRA. —*No me conduzcas adonde no…*

CORO. —*¿Qué dices?*

ELECTRA. —*… existen ya esperanzas de ayuda de un hermano noble en su linaje.*

ANTÍSTROFA 2.ª

CORO. —*Para todos los mortales es ley natural la muerte.*

ELECTRA. —*¿Acaso también del modo que fue para aquel, infeliz, en carreras de caballos de veloces cascos, enredado con las bien cortadas riendas?*

CORO. —*Impensable fue su destrucción.*

ELECTRA. —*Cómo no, si, desterrado, lejos de mis manos…*

CORO. —*¡Ay! ¡Ay!*

ELECTRA. —*… está enterrado, sin haber obtenido de mí ni sepultura ni siquiera lamentos.*

(Entra Crisótemis corriendo.)

CRISÓTEMIS. —A causa de la alegría me llego corriendo apresurada, descuidando el decoro. Porque traigo motivos de gozo y el fin de las desgracias que te acosaban y te hacían gemir.

ELECTRA. —¿Dónde podrías haber encontrado tú alivio de mis males, para los que ya no hay remedio posible?

CRISÓTEMIS. —Orestes está entre nosotros— entérate, oyéndolo, por mí —de una manera tan real como que tú me estás viendo a mí.

ELECTRA. —Pero ¿es que estás loca, oh desgraciada y, a más de tus propias desgracias, te ríes de las mías?

CRISÓTEMIS. —¡Por el hogar de nuestros padres! No lo digo en un arrebato, sino porque sé que aquel está presente entre nosotras.

ELECTRA. —¡Ay, desventurada! ¿Y a qué mortal le has oído esta noticia como para tener esa excesiva confianza?

CRISÓTEMIS. —Yo confío en esta noticia, porque he visto claras señales por mí misma y no por medio de otro.

ELECTRA. —¿Qué prueba has visto, desdichada? ¿Hacia qué has dirigido la mirada para inflamarte con este fuego irremediable?

CRISÓTEMIS. —¡Por los dioses! Óyeme ahora para que, después de escucharme, digas si soy sensata o si desvarío.

ELECTRA. —Habla, si en la palabra encuentras algún placer.

CRISÓTEMIS. —Te diré todo cuanto observé. Cuando llegué a la tumba antigua de nuestro padre, veo regueros de leche que acaban de derramar desde la parte alta del túmulo, y que la piedra sepulcral de nuestro padre está coronada enteramente alrededor por toda clase de flores. Al verlo, el asombro se apoderó de mí. Miro en derredor, no sea que algún mortal nos acechara de cerca, pero, como vi que el lugar estaba en calma, me fui acercando más a la sepultura. Entonces veo en lo más alto del túmulo un bucle cortado de algún joven. Nada más verlo, infeliz, se me presentó a mi ánimo un rostro familiar, me pareció ver en esto una señal del más querido de todos los mortales, Orestes.

Con el bucle en las manos no digo palabras que puedan resultar de mal agüero, sino que, al punto, se me llena el rostro de lágrimas por la alegría. Y ahora, como antes, sé que esta ofrenda no viene de otro más que de aquel. Porque, ¿a quién le afecta esto sino a ti o a mí? Y yo no lo hice, lo sé bien, ni tú tampoco. ¿Cómo, si no te es posible alejarte de esta casa impunemente, ni siquiera para el servicio de los dioses? Tampoco el buen sentido de nuestra madre suele realizar tales actos, ni pasaría inadvertido si los hiciera.

Estas ofrendas fúnebres son de Orestes, así que, ¡oh querida, ten ánimo! Pues no siempre asiste a los mismos la misma fortuna. Antes esta era terrible para nosotras, pero tal vez este día nos confirmará bienes en abundancia.

ELECTRA. —¡Ay! ¡Cómo te estoy compadeciendo hace rato a causa de tu falta de juicio!

CRISÓTEMIS. —¿Qué sucede? ¿No proporciono agrado con mis palabras?

ELECTRA. —¡No sabes a qué juicio ni a qué lugar eres conducida!

CRISÓTEMIS. —Pero ¿cómo no voy a saber yo lo que vi con claridad?

ELECTRA. —Ha muerto, ¡oh desdichada! Se te ha escapado la

liberación que iba a venir de aquel. No pongas ya tus ojos en él.

CRISÓTEMIS. —¡Ay de mí, infortunada! ¿A qué mortal has escuchado esto?

ELECTRA. —A uno que estaba cerca cuando pereció.

CRISÓTEMIS. —¿Dónde está ese tal? El asombro se apodera de mí.

ELECTRA. —En casa. A nuestra madre le es grato y no enojoso.

CRISÓTEMIS. —¡Ay, desventurada de mí! ¿De qué hombre eran, pues, las numerosas ofrendas depositadas sobre la tumba de nuestro padre?

ELECTRA. —Yo mejor pienso que alguien las depositó como recuerdo de la muerte de Orestes.

CRISÓTEMIS. —¡Ay de mí, desgraciada! Yo me apresuraba alegre con semejantes noticias, sin saber en qué situación infortunada nos encontrábamos, y ahora, al llegar, descubro otras desgracias añadidas a las que había antes.

ELECTRA. —Así están las cosas para ti. Pero, si me obedeces, disiparás la angustia del infortunio presente.

CRISÓTEMIS. —¿Acaso podré resucitar a los muertos?

ELECTRA. —No hablo en ese sentido, no estoy tan loca.

CRISÓTEMIS. —¿Qué ordenas que yo sea capaz de hacer?

ELECTRA. —Que te atrevas a llevar a cabo lo que yo te aconseje.

CRISÓTEMIS. —Si en ello hay algún provecho, no me negaré.

ELECTRA. —Observa que nada sale bien sin esfuerzo.

CRISÓTEMIS. —Lo veo. Ayudaré en todo cuanto esté en mi mano.

ELECTRA. —Óyeme, pues, ahora cómo tengo decidido actuar. Tú también sabes que no tendremos ayuda de ningún ser querido, puesto que ninguno está con nosotras, sino que Hades se los ha llevado y nos ha privado de ellos. Nos hemos quedado solas.

Yo, mientras oía decir que nuestro hermano estaba aún con vida y en pleno vigor, tenía esperanzas de que él llegara algún día como vengador del asesinato de nuestro padre. Pero ahora, cuando ya no existe, dirijo mi mirada a ti para que no rehúyas, juntamente con tu hermana, dar muerte al autor de la muerte de nuestro padre, a Egisto.

Ya no debo yo ocultarte nada. ¿Hasta cuándo vas a esperar indiferente? ¿Qué esperanza hay aún sólida en la que pongas los ojos? Tú puedes lamentarte al verte privada de la posesión del patrimonio paterno y dolerte de estar envejeciendo sin lecho nupcial hasta el día de hoy, sin bodas. Pero esto, sin embargo, ya no esperes alcanzarlo nunca, porque Egisto no es hombre tan insensato que permita que tu linaje y el mío germine: ello sería claro motivo de sufrimiento para él.

Si obedeces mis consejos ganarás, en primer lugar, reputación de piedad por parte de nuestro padre, que está en el Hades, muerto, así

como de nuestro hermano, y, después, tal cual naciste, serás llamada libre el resto del tiempo y alcanzarás unas bodas como te mereces. Pues todos suelen poner su vista en la que tiene más méritos.

Y, por otra parte, ¿no ves cuánta celebridad podrías procurarte a ti misma y a mí si me obedeces? Porque, ¿qué ciudadano o extranjero, al vernos, no nos saludaría con alabanzas de este tipo: «Ved a estas dos hermanas, amigos, que guardaron la casa paterna y que, con desprecio de su vida, llevaron a cabo la muerte de sus enemigos, para quienes la situación era muy próspera. Todos debemos amarlas y respetarlas. Es preciso que en las fiestas y con ocasión de las asambleas de la ciudad todos las honremos por su valentía»? Cualquier mortal podrá hablar así de nosotras tanto en vida como después de muertas, de modo que nuestra fama no declinará.

¡Ea!, ¡oh querida! Déjate convencer, ayuda a nuestro padre, socorre a nuestro hermano, líbrame de desgracias y líbrate a ti misma, comprendíendo que es vergonzoso vivir en deshonra para los que han nacido nobles.

CORIFEO. —En situaciones así, la prudencia es buena ayuda, tanto para el que habla como para el que escucha.

CRISÓTEMIS. —Si esta no tuviera pensamientos equivocados, oh mujeres, hubiera conservado la precaución antes de hablar, lo que no ha hecho. Porque, ¿adónde has mirado para proveerte de semejante valor? ¿Y, encima, me llamas a mí para obedecerte? ¿Es que no lo estás viendo? Eres mujer y no hombre, y tienes en tus manos menos fuerzas que tus enemigos. La fortuna les sonríe a ellos cada día, mientras que para nosotras se pierde y llega a nada.

En este caso, ¿quién que planeara prender a semejante persona podría escapar a la desgracia sin sufrir daño? Ten cuidado, no vaya a ser que, además de irnos ya mal, obtengamos aún mayores desdichas si alguien escucha semejante razonamiento. A nosotras no nos resuelve ni ayuda el morir ignominiosamente, aunque hayamos obtenido una buena fama. Y no es lo peor la muerte, sino el que, cuando alguien desee morir, no pueda, sin embargo, conseguirlo.

Te lo suplico, antes de perdernos por completo nosotras de la manera más infame y de extinguir nuestro linaje, contén tu cólera. Yo vigilaré para que tus palabras queden como no dichas y sin efecto para ti. Y tú misma ten prudencia de ahora en adelante y, si no tienes fuerza, cede ante los poderosos.

CORIFEO. —Obedece. Nada más provechoso pueden recibir los hombres que el buen juicio y la mente sabia.

ELECTRA. —No has dicho nada que no esperara. Sabía bien que tú rechazarías lo que te he anunciado. Esta acción debe ser hecha

solamente por mi propia mano. Yo, al menos, no la dejaré en proyecto.

CRISÓTEMIS. —¡Ay! Tales propósitos debías haberlos tenido cuando nuestro padre murió. Lo habrías arreglado todo.

ELECTRA. —Por naturaleza ciertamente que sí, pero mi capacidad de pensamiento era entonces menor.

CRISÓTEMIS. —Esfuérzate para que permanezca a lo largo de tu vida tal cual es.

ELECTRA. —Me adviertes esto, aun cuando no vas a ayudar para llevarlo a cabo.

CRISÓTEMIS. —Es natural que cuando algo se emprende mal salga también mal.

ELECTRA. —Envidio tu razón, pero aborrezco tu cobardía.

CRISÓTEMIS. —Soportaré escucharte de la misma manera cuando vengas a hablarme bien de mí.

ELECTRA. —Nunca tendrás esa experiencia, al menos de mi parte.

CRISÓTEMIS. —El tiempo que falta para juzgar esto es largo.

ELECTRA. —Vete. No encuentro ayuda en ti.

CRISÓTEMIS. —La presto, pero no te das cuenta.

ELECTRA. —Vete junto a tu madre y revélaselo todo.

CRISÓTEMIS. —No te odio yo hasta ese punto.

ELECTRA. —Sin embargo, conoces a qué deshonra me conduces.

CRISÓTEMIS. —A deshonra no. Al contrario: me preocupo por ti.

ELECTRA. —¿Tengo, pues, que obedecer lo que tú consideras justo?

CRISÓTEMIS. —Cuando razones con cordura, serás tú la que guíes entre nosotras dos.

ELECTRA. —Verdaderamente es extraño que, hablando bien, estés equivocada.

CRISÓTEMIS. —Has expresado claramente el fallo en el que has caído.

ELECTRA. —¿Y qué? ¿No te parece que hablo con toda justicia?

CRISÓTEMIS. —Pero a veces también la justicia aporta desgracia.

ELECTRA. —Yo no quiero vivir bajo estas leyes.

CRISÓTEMIS. —Pero, si llegas a hacer esto, me darás la razón.

ELECTRA. —Lo haré, porque no me has infundido ningún miedo.

CRISÓTEMIS. —¿Es esto verdad y no cambiarás de decisión?

ELECTRA. —Nada hay más odioso que una determinación poco firme.

CRISÓTEMIS. —Piensas que ninguna razón tengo en lo que digo.

ELECTRA. —Desde hace tiempo lo tengo decidido y no desde hace poco.

CRISÓTEMIS. —En ese caso me voy, porque ni tú te resignas a

aceptar mis palabras ni yo tu forma de actuar.

ELECTRA. —Entra. No te obedeceré nunca, aunque lo llegues a desear ardientemente, ya que es gran insensatez perseguir metas vanas.

CRISÓTEMIS. —Si crees que encuentras algún sentido para ti misma, sigue pensando así. Pero cuando te veas entre desgracias, entonces aprobarás mis palabras.

(Entra en el palacio.)

CORO.

ESTROFA 1.ª

¿Por qué, cuando contemplamos a las más sagaces aves del cielo cuidándose del alimento de los que engendraron y con los que encuentran un goce, no lo hacemos en igual medida? Pero ¡por el rayo de Zeus y por la celeste Temis, que permanecerán impunes por largo tiempo! ¡Oh voz de los mortales que llegas hasta los infiernos, haz oír a los Atridas que están bajo tierra mi palabra quejumbrosa, portadora de tristes reproches!

ANTÍSTROFA 1.ª

Que los asuntos de palacio están viciados y que una doble contienda hace imposible las relaciones entre sus hijas en amistosa convivencia. Que Electra sola, traicionada, está indecisa, llorando siempre, ¡desdichada!, a su padre, como el ruiseñor que siempre se queja y que, sin inquietarse en absoluto por la muerte, se dispone a no ver más la luz después de matar a la doble Erinis. ¿Quién podría haber nacido tan noble de sentimientos?

ESTROFA 2.ª

Nadie entre los nobles quiere deshonrar su jama en medio de una vida de penurias, anónima, ¡oh hija, hija!, como tú, que también preferiste una vida acompañada de llantos sin fin y, tras vencer al deshonor, ganar dos títulos en uno solo: ser llamada sabia y excelente hija.

ANTÍSTROFA 2.ª

¡Ojalá vivas por encima de tus enemigos en fuerza y en riqueza tanto cuanto ahora vives sometida! Después que te he encontrado caída en aciago destino, has ganado los mejores premios a los ojos de las leyes que nacieron para ser las más importantes, por tu piedad para con Zeus.

(Entran Orestes y Pílades con dos criados. Uno lleva una urna.)

ORESTES. —¿Acaso, mujeres, estamos bien enterados y nos dirigimos exactamente a donde queremos?

CORIFEO. —¿Qué es lo que intentas averiguar y con qué deseo te presentas?

ORESTES. —Desde hace algún tiempo intento averiguar dónde ha fijado Egisto su morada.

CORIFEO. —Has llegado bien, y no se puede hacer ningún reproche a quien te lo indicó.

ORESTES. —¿Quién de vosotras podría anunciar a los de dentro nuestra llegada, que se presenta cuando era deseada?

CORIFEO. —*(Señalando a Electra.)* Esta, si es necesario que lo anuncie quien les es más allegada.

ORESTES. —Ve, oh mujer, y hazles saber que unos hombres focenses buscan a Egisto.

ELECTRA. —¡Ay de mí, desgraciada! ¿No será que traen pruebas visibles de la noticia que hemos escuchado?

ORESTES. —No conozco la noticia a que te refieres. A mí el anciano Estrofio[12] me ordenó comunicar algo acerca de Orestes.

ELECTRA. —¿Qué? ¡Oh extranjeros! ¡Cómo se apodera de mí el temor!

ORESTES. —Como ves, nos cuidamos de transportar en una pequeña urna los exiguos restos del que murió.

ELECTRA. —¡Cuán desgraciada soy! Aquello es ya evidente. Siento que el dolor está cercano, según parece.

ORESTES. —Si te lamentas por alguna de las desgracias de Orestes, sabe que esta urna esconde su cuerpo.

ELECTRA. —¡Oh extranjero! Permíteme ahora— ¡por los dioses!, — si es que este vaso lo oculta, tomarlo en mis manos para, con estas cenizas, llorar y lamentarme por mí misma y por todo mi linaje.

ORESTES. —Acercaos y dádselas, quíenquiera que sea, pues no pide como alguien hostil, sino que o es amiga o pariente por su raza.

ELECTRA. —¡Oh recuerdo que me queda de la vida de Orestes, el más querido para mí de los hombres! ¡Cuán lejos de mis esperanzas te recibo, no como te despedí! Ahora te alzo en mis manos y no eres nada; sin embargo, yo te hice salir de casa fuerte, ¡oh hijo! ¡Ojalá hubiera abandonado la vida antes que enviarte a escondidas con mis manos a una tierra extranjera y antes que ponerte a salvo de la muerte, para que tú hubieras podido yacer aquel día, muerto, tras obtener la parte que te corresponde de la tumba paterna! Pero ahora has perecido de mala manera, fuera de casa y como emigrante en otra tierra, separado de tu hermana. Y yo, infortunada, ni con manos amorosas te he preparado con abluciones, ni he recibido del fuego, como era natural, la desdichada carga incandescente, sino que, habiendo sido atendido por manos extrañas, infeliz, llegas como un peso insignificante en pequeña vasija.

¡Ay de mí, desventurada, por mis inútiles cuidados de otro tiempo,

que yo frecuentemente prodigué en torno a ti con dulce fatiga! Porque entonces tú no eras más querido de tu madre que de mí, ni los que estaban en casa eran quienes te cuidaban, sino yo, y a mí me llamabas siempre hermana. Ahora ha desaparecido esto en un solo día por tu muerte. Pues, arrebatándolo todo, te has ido como un huracán. Nuestro padre se ha ido. Yo estoy muerta contigo. Tú mismo te has ido, pues has muerto. Los enemigos ríen. Tu madre, que no merece tal nombre, está enloquecida por efecto del placer. Acerca de ella, tú me hacías llegar frecuentes recados a escondidas, en los que decías que te mostrarías tú en persona como vengador.

Pero nos ha privado de ello el aciago destino tuyo y mío, que de esta manera te ha enviado, como ceniza y sombra vana en lugar de la queridísima figura. ¡Ay de mí! ¡Oh cuerpo digno de compasión, ay, ay! ¡Oh amadísimo! ¡Por qué caminos terribles has sido enviado! ¡Ay de mí! ¡Cómo me has perdido! Me has perdido en verdad, ¡oh hermano!, y, por ello, recíbeme en esta morada tuya; acoge a la que nada es en la nada, para que habite contigo, abajo, el resto del tiempo. Porque, cuando estabas arriba, yo participaba por igual contigo.

También ahora deseo morir y no quedar privada de tu sepultura, pues no veo que los muertos sufran.

CORIFEO. —Has nacido de un padre mortal, Electra, piénsalo. Orestes también era mortal. De modo que no te aflijas en demasía. Todos nosotros debemos pasar por ello.

ORESTES. —*(Hablando consigo mismo.)* ¡Oh, oh! ¿Qué diré? ¿A qué palabras acudir estando perplejo como estoy? No tengo fuerzas para contener más la lengua.

ELECTRA. —¿Qué dolor padeces? ¿Por qué estás diciendo estas cosas?

ORESTES. —¿Es, por cierto, tu noble figura la de Electra?

ELECTRA. —Esta es y en muy lamentable estado.

ORESTES. —¡Ah, por esta penosa desgracia!

ELECTRA. —¿Y no es cierto, oh extranjero, que te lamentas así por mí?

ORESTES. —¡Oh cuerpo, deshonrosa e impíamente destrozado!

ELECTRA. —Tus palabras de compasión no se dirigen, extranjero, a otra que no sea yo.

ORESTES. —¡Ah, tu vida sin matrimonio y de sombrío destino!

ELECTRA. —¿Por qué, oh extranjero, me miras así y te lamentas?

ORESTES. —¡Hasta qué punto no conocía ninguna de mis propias desgracias!

ELECTRA. —¿Cuál de mis palabras te lo ha hecho conocer?

ORESTES. —El ver que te distingues por tus numerosos dolores.

ELECTRA. —Pues ciertamente sólo ves unos pocos de mis males.

ORESTES. —¿Cómo podría ver otros peores aún que estos?

ELECTRA. —El que yo esté conviviendo con los asesinos.

ORESTES. —¿De quién? ¿Por qué haces referencia a esa desgracia?

ELECTRA. —Con los de mi padre. Y, además, estoy sometida por la fuerza a ellos.

ORESTES. —¿Y quién te empuja a esa necesidad?

ELECTRA. —La que es llamada madre, pero que en nada se asemeja a una madre.

ORESTES. —¿Qué hace? ¿Acaso con sus propias manos o haciendo difícil tu existencia?

ELECTRA. —Con sus manos, con malos tratos y con todo tipo de humillaciones.

ORESTES. —¿Y no hay quien te socorra y lo impida?

ELECTRA. —No, por cierto. Pues a quien había, tú me lo has presentado en cenizas.

ORESTES. —¡Oh desdichada! ¡Cómo te estoy compadeciendo desde hace rato al mirarte!

ELECTRA. —Eres el único de los mortales, entérate, que me ha compadecido alguna vez.

ORESTES. —Porque soy el único que he llegado afligido por tus propios males.

ELECTRA. —¿No habrás llegado de alguna parte como pariente mío?

ORESTES. —Yo te lo explicaría, si tuviera pruebas de la buena disposición de estas.

ELECTRA. —Existe esa buena disposición, de modo que hablarás ante gente fiel.

ORESTES. —Deja, pues, esa urna para que puedas saberlo todo.

ELECTRA. —¡No me hagas esto, por los dioses, extranjero!

ORESTES. —Obedece a quien te está hablando y no errarás nunca.

ELECTRA. —¡No, te lo suplico, no me arrebates lo más querido!

ORESTES. —Digo que no lo permitiré. *(Se dispone a quitarle la urna.)*

ELECTRA. —¡Ay, desgraciada de mí, si me veo privada, Orestes, de darte sepultura!

ORESTES. —Di palabras que sean favorables. Pues estás gimiendo sin razón.

ELECTRA. —¿Cómo voy a llorar sin razón al hermano muerto?

ORESTES. —No te conviene hacer tal afirmación.

ELECTRA. —¿Tan indigna soy del que está muerto?

ORESTES. —Tú no eres indigna de nadie, pero esto no te corresponde.

ELECTRA. —Sí, siempre que lo que sostengo en las manos sea el cuerpo de Orestes.

ORESTES. —No es de Orestes, sino que así se ha dispuesto en la ficción.

ELECTRA. —Y ¿dónde está la sepultura de aquel infortunado?

ORESTES. —No existe, pues no es propio de los vivos la sepultura.

ELECTRA. —¿Cómo dices, oh hijo?

ORESTES. —Ninguna falsedad hay en lo que digo.

ELECTRA. —¿Acaso vive?

ORESTES. —Sí, si es que yo estoy vivo.

ELECTRA. —¿Es que eres tú?

ORESTES. —Mirando este anillo de mi padre, podrás saber si digo la verdad.

ELECTRA. —¡Oh el día más querido!

ORESTES. —El más querido también para mí.

ELECTRA. —¡Oh voz! ¿Has venido?

ORESTES. —Ya no te enterarás por otros.

ELECTRA. —¿Te tengo en mis brazos?

ORESTES. —Como ojalá me tengas siempre.

ELECTRA. —¡Oh amadísimas mujeres, oh ciudadanas! Ved aquí a Orestes, muerto con engaños, pero salvado también con engaños.

CORIFEO. —Lo vemos, ¡ah, hija!, y por este suceso lágrimas salen gozosas de nuestros ojos.

ESTROFA.

ELECTRA. —*Oh vastago, vástago del ser más querido para mí. Has llegado hoy mismo, has encontrado, has alcanzado, has visto a los que buscabas*.

ORESTES. —Estoy aquí, pero aguarda en silencio.

ELECTRA. —*¿Qué pasa?*

ORESTES. —Es mejor callar, no vaya a ser que alguien de los de dentro nos oiga.

ELECTRA. —*No, por Ártemis, la siempre virgen, no consideraré digno temer a esa carga inútil de mujeres que siempre están dentro*.

ORESTES. —Ten cuidado, que incluso en las mujeres se encuentra Ares, y tú lo sabes bien por propia experiencia.

ELECTRA. —*¡Ay, ay! A las claras me has nombrado nuestra desgracia tal cual es, imposible de suprimir y de olvidar nunca*.

ORESTES. —También yo lo sé. Pero cuando podamos hablar con libertad, entonces será la ocasión de recordar estos hechos.

ANTÍSTROFA.

ELECTRA. —*Todo el tiempo, todo, me convendría tener para hablar con justicia de ellos. Con dificultad retengo ahora mi boca ya libre*.

ORESTES. —Yo también estoy de acuerdo. Y, precisamente por ello, consérvala así.

ELECTRA. —*Y ¿qué he de hacer?*

ORESTES. —Cuando no haya ocasión, no quieras hablar demasiado.

ELECTRA. —*¿Y quién podría, habiéndote tú presentado, callar así, con dignidad, en lugar de hablar, después de que a ti incomprensible e inesperadamente te he visto?*

ORESTES. —Me has visto cuando los dioses me impulsaron a venir.

ELECTRA. —*Das a entender una gracia aún mayor que la presente, si una divinidad te trajo a nuestra morada. Yo lo considero como algo sobrenatural.*

ORESTES. —Por una parte, no me atrevo a prohibirte que estés alegre; por otra, temo que seas en exceso vencida por tu alegría.

EPODO.

ELECTRA. —*¡Ah! Después de haberte dignado mostrarte, así, a mí tras largo tiempo por un gratísimo camino, y viéndome tan angustiada, no me…*

ORESTES. —*¿Qué temes que haga?*

ELECTRA. —*No me prives del placer de tu persona haciéndome renunciar a ella.*

ORESTES. —*Ciertamente, me indignaría mucho contra los demás, si viera que lo hacen.*

ELECTRA. —*¿Lo prometes?*

ORESTES. —*¿Por qué no?*

ELECTRA. —*¡Oh amigas, he oído una voz que no hubiera esperado oír! Mantengo— sin un grito —mis impulsos al escucharla, infortunada. Ahora te tengo. Has aparecido con un aspecto queridísimo, del cual yo ni en los malos momentos podría olvidarme.*

ORESTES. —Suprime lo que es superfluo en tus palabras y no me hagas saber que nuestra madre es malvada, ni que Egisto derrocha los bienes paternos del palacio, echa a perder unas cosas y dilapida otras, porque esta charla te podría hacer perder la ocasión del momento. Indícame lo que me convenga en esta situación ahora presente, dónde, a la vista de todos u ocultos, nos vamos a librar de los enemigos que en su actual modo de vida ríen.

Y que no te descubra nuestra madre por la alegría de tu rostro, cuando nosotros dos entremos en palacio, sino que gime como si fuera a causa de la desgracia falsamente anunciada. Porque, cuando hayamos salido triunfantes, entonces podremos alegrarnos y reír con libertad.

ELECTRA. —¡Oh hermano! Como te sea grato a ti, así será mi conducta, pues de ti he obtenido mis satisfacciones y no ha sido

adquisición mía. No aceptaría conseguir yo misma un gran provecho, si tuviera que disgustarte, aunque fuera un poco. No prestaría un buen servicio a la fortuna que tenemos presente. Tú conoces de qué manera están aquí las cosas, ¿cómo no? Has oído que Egisto no está en casa y nuestra madre sí. En lo que respecta a ella, no temas en ningún momento que vea mi rostro ardiente por la sonrisa. Un antiguo odio ha penetrado en mí, y, puesto que te he visto, no cesaré de derramar lágrimas de alegría. ¿Cómo podría no hacerlo yo, que te he visto en una sola etapa morir y vivir? Tú me has sorprendido, hasta el punto de que, si mi padre llegara vivo, ya no lo consideraría un prodigio, sino que creería estar viéndolo. Puesto que nos has llegado de esta manera, manda a tu gusto. Yo sola hubiera obtenido una de estas dos cosas: o me hubiera puesto a salvo a mí misma con honra, o hubiera perecido con ella.

ORESTES. —Te aconsejo que calles, porque oigo a alguien de los de palacio que se dispone a salir.

ELECTRA. —*(Cambiando el tono de voz.)* Entrad, oh extranjeros, y con mayor motivo al llevar algo que ninguno en palacio rechazaría ni podría alegrarse de recibir.

(Aparece el PEDAGOGO.)

PEDAGOGO. —¡Oh insensatos en sumo grado y privados de razón! ¿Acaso os cuidáis tan poco de vuestra vida, o es que no tenéis ningún sentido común cuando no os dais cuenta de que estáis no cerca de los más grandes peligros, sino en medio de ellos? Si no hubiera estado yo desde hace rato vigilando en estas puertas, vuestros proyectos habrían estado en el palacio antes que vuestras personas. En cambio, yo de estas cosas he tenido cuidado. Ahora ya absteneos de largos discursos y de este interminable clamor acompañado de alegrías, y presentaos dentro, porque el dilatarlo en estas circunstancias es malo, y es el momento oportuno de poner fin a esto.

ORESTES. —¿Y cómo me encontraré las cosas allí al entrar yo?

PEDAGOGO. —Bien. Es seguro que ninguno te reconocerá.

ORESTES. —Has comunicado, naturalmente, que yo he muerto.

PEDAGOGO. —Sábete que, aunque estés aquí, eres uno de los que habitan en el Hades.

ORESTES. —¿Se alegran con estas noticias? ¿Qué palabras dicen?

PEDAGOGO. —Terminado nuestro cometido, te lo podría decir. Tal como están las cosas ahora, lo que se refiere a aquellos está bien, incluso lo que no es bueno.

ELECTRA. —¿Quién es este, hermano? ¡Por los dioses, dímelo!

ORESTES. —¿No te das cuenta?

ELECTRA. —No lo tengo en la mente.

ORESTES. —¿No conoces a aquel en cuyas manos me entregaste un día?

ELECTRA. —¿A quién? ¿Qué dices?

ORESTES. —En las manos de este, debido a tu solicitud, fui sacado secretamente al país de los Foceos.

ELECTRA. —¿Acaso es aquel el único a quien encontré leal entre mucho entonces, con ocasión del asesinato de mi padre?

ORESTES. —Este es, pero no me interrogues con más palabras.

ELECTRA. —¡Oh el día más querido! ¡Oh único salvador del palacio de Agamenón! ¿Cómo has llegado? ¿Eres por ventura aquel que nos salvaste a este y a mí de muchos padecimientos? ¡Oh manos queridísimas! ¡Oh tú, que con tus pies nos prestaste un servicio inestimable! ¿Cómo es que estuviste a mi lado sin advertirlo y no me lo hiciste saber, sino que me matabas con tus palabras, aunque llevabas los más agradables hechos para mí? Te saludo, padre, pues me parece estar viendo a un padre. Te saludo. Sábete que yo en un solo día te he aborrecido y amado lo más que se puede.

PEDAGOGO. —Me parece que es suficiente. Pues muchos días, al sucederse con sus correspondientes noches, te revelarán claramente los relatos de lo acaecido desde entonces, Electra. Y ahora os digo a vosotros aquí presentes que ya es hora de actuar. En este momento, Clitemestra está sola y no hay dentro ninguno de los servidores. Si os retrasáis, pensad que os las veréis con otros más diestros y numerosos que ellos.

ORESTES. —No debe ser ya para nosotros tarea de largos discursos, Pílades, sino de entrar cuanto antes, tras inclinarnos a saludar a las imágenes de los dioses patrios que se encuentran en este atrio.

(Entran en palacio Orestes, Pílades y el PEDAGOGO *.)*

ELECTRA. —Soberano Apolo, óyeles propicio y a mí junto a ellos, que en muchas ocasiones te he presentado con mano implorante lo que tenía. Y ahora, oh Apolo Licio, a partir de lo que tengo te hago la súplica, me arrodillo ante ti, te lo imploro: se para nosotros resuelto defensor de estas decisiones nuestras y muestra a los hombres los castigos que aplican los dioses por impiedad.

(Entra también en palacio.)

CORO.

ESTROFA.

(Hablando entre ellos.) *Ved hacia dónde se extiende Ares*[13]*, engendrando sangre inevitable. Acaban de entrar bajo el techo de palacio, vengadores de funestos crímenes, los perros de los que no se puede escapar. De modo que ya no espera por mucho tiempo en suspenso el sueño de mis pensamientos*.

ANTÍSTROFA.

Es conducido a la casa con paso furtivo, vengador de los muertos, a la habitación en otro tiempo lujosa de su padre, llevando en las manos sangre recién afilada.

El hijo de Maya, Hermes, les conduce, ocultando el engaño en la oscuridad, hacia la misma meta y ya no espera.

(Sale Electra.)

ESTROFA.

ELECTRA. —Oh queridísimas mujeres, enseguida los hombres cumplirán su misión, pero aguardad en silencio.

CORIFEO. —¿Cómo? ¿Qué hacen ahora?

ELECTRA. —Ella prepara una urna para las ceremonias fúnebres. Ellos dos acechan cerca.

CORIFEO. —Y tú, ¿por qué te has precipitado afuera?

ELECTRA. —Para vigilar que Egisto no entre sin advertirlo nosotros.

CLITEMESTRA. —*(Desde el interior.)* ¡Ay, ay, techos vacíos de amigos y llenos de quienes hacen perecer!

ELECTRA. —Alguien grita adentro. ¿No oís, oh amigas?

CORO. —*He escuchado gritos espantosos de oír, ¡desdichada!, como para estremecerme*.

CLITEMESTRA. —¡Ay de mi, desgraciada! Egisto, ¿dónde te encuentras?

ELECTRA. —Escucha, alguien grita una vez más.

CLITEMESTRA. —¡Oh hijo, hijo! Ten compasión de la que te dio a luz.

ELECTRA. —Él, sin embargo, no obtuvo compasión de ti, ni el padre que lo engendró.

CORO. —*¡Oh ciudad, oh raza desventurada! Ahora se te acaba tu destino, el que ha marcado tus días, se te acaba*.

CLITEMESTRA. —¡Ay, he sido herida!

ELECTRA. —Hiere una segunda vez, si tienes fuerza.

CLITEMESTRA. —¡Ay de mí otra vez!

ELECTRA. —¡Ojalá fuera para Egisto al mismo tiempo!

CORO. —*Las maldiciones se cumplen. Viven los que yacen bajo tierra. Los que han muerto hace tiempo se cobran la sangre nuevamente derramada de sus matadores*.

(Orestes y Pílades salen de palacio.)

ANTÍSTROFA.

Ellos están presentes, sus manos ensangrentadas gotean por el sacrificio a Ares. Y no puedo censurarlo.

ELECTRA. —Orestes, ¿cómo estáis?

ORESTES. —Los asuntos de palacio están bien, si Apolo bien profetizó.

ELECTRA. —¿Ha muerto la miserable?

ORESTES. —Ya no temas que la audacia materna te deshonre nunca.

ELECTRA. —…

CORO. —*Cesad, pues veo claramente a Egisto*.

ELECTRA. —¡Oh hijos! ¿No os iréis atrás?

ORESTES. —Ved a nuestro hombre encima…

ELECTRA. —… viene alegre desde las afueras de la ciudad.

CORO. —*Entrad al vestíbulo lo más aprisa posible. Ya que habéis resuelto bien lo de antes, hacedlo así también ahora*.

ORESTES. —Confía, lo haremos.

ELECTRA. —Según lo has proyectado, apresúrate.

ORESTES. —Ya me voy. *(Salen Orestes y Pílades.)*

ELECTRA. —Lo de aquí es cosa mía.

CORO. —*Al oído convendría hablarle amistosamente algunas palabras a este hombre, para que se precipite engañado al combate justiciero*.

(Entra Egisto en escena.)

EGISTO. —¿Quién de vosotras sabe dónde están los extranjeros focenses, quienes, según dicen, nos anuncian que Orestes ha perdido la vida en un naufragio hípico?

(A Electra.) A ti te pregunto, sí, a ti, tan audaz en otro tiempo. Creo que es a ti a la que más te interesa y la que con más conocimiento podrías hablar.

ELECTRA. —Lo sé, ¿cómo no? ¿Podría yo estar indiferente a lo que afecta a mis seres queridos?

EGISTO. —En ese caso, ¿dónde están los extranjeros? Dímelo.

ELECTRA. —Dentro. Ellos han cumplido con una amable huéspeda.

EGISTO. —¿Y anunciaron que está verdaderamente muerto?

ELECTRA. —No, pero lo demostraron con algo más que palabras.

EGISTO. —¿Nos es posible, entonces, saberlo con certeza?

ELECTRA. —Es posible, y también ver el lamentable espectáculo.

EGISTO. —Contra tu costumbre me anuncias algo que me alegra mucho.

ELECTRA. —Puedes alegrarte, si ello te resulta alegre.

EGISTO. —Ordeno guardar silencio y abrir las puertas y que todos los miceneos y argivos lo vean para que, si alguno de ellos se engrandecía antes, por tener vanas esperanzas en este hombre, al ver ahora su cadáver, acepte mi rienda y no tenga que ponerse en razón por la fuerza, al recibir mi castigo.

ELECTRA. —Lo que se refiere a mí está cumplido. Con el tiempo he obtenido inteligencia como para agradar a los más poderosos.

(Se abren las puertas de palacio y se muestra un cuerpo tapado, a cuyos lados están Orestes y Pílades.)

EGISTO. —¡Oh Zeus, tengo ante los ojos una imagen fantasmal que no ha sucumbido sin la envidia divina! Pero si la venganza hace acto de presencia no hablo. Descorred del todo el velo del rostro para que, como pariente, reciba cantos fúnebres también de mi parte.

ORESTES. —Levántalo tú mismo. No es cosa mía sino tuya el mirar estos restos y saludarlos con afecto.

EGISTO. —Me das un buen consejo y lo seguiré. Y tú *(a Electra),* si Clitemestra está por alguna parte de la casa, llámala.

ORESTES. —Está cerca de ti. No mires por otro lado.

EGISTO. —¡Ay de mí! ¡Qué veo!

ORESTES. —¿A quién temes? ¿A quién no reconoces?

EGISTO. —¿En las redes de qué personas he caído, infortunado de mí?

ORESTES. —¿No te has dado cuenta de que, desde hace rato, te estás dirigiendo a vivos como si estuvieran muertos?

EGISTO. —¡Ay, he comprendido lo que dices! Es imposible que sea otro que Orestes él que me ha hablado.

ORESTES. —¿Y siendo excelente adivino has estado engañado tanto tiempo?

EGISTO. —¡Estoy perdido, desgraciado! Pero permíteme hablar, aunque sea un momento.

ELECTRA. —No le dejes decir más, por los dioses, hermano, ni que

se extienda en el relato. Pues, ¿qué provecho podría sacar de la demora una persona que, envuelta en crímenes, va a morir? Por el contrario, mátalo cuanto antes y, tras hacerlo, entrégalo a los sepultureros, que es justo que tenga, fuera de nuestra vista. Esta sería para mí la única liberación de las desgracias que me vienen de antaño.

ORESTES. —Entra deprisa. Pues no porfiamos por palabras, sino por tu vida.

EGISTO. —¿Por qué me conduces a palacio? ¿Cómo, si es esta una acción noble, se necesita la oscuridad y no estás listo para matarme?

ORESTES. —No des órdenes y avanza adonde mataste a mi padre, para que mueras en el mismo lugar.

EGISTO. —¿Existe tanta necesidad de que este techo contemple las desgracias de los Pelópidas, las presentes y las que se avecinan?

ORESTES. —Por lo menos las tuyas. Yo soy un excelente adivino para ti de estas.

EGISTO. —Te jactas de un arte que no te viene por línea paterna.

ORESTES. —Mucho replicas y el viaje se retarda, así que camina.

EGISTO. —Sírveme de guía.

ORESTES. —Tú eres el que debes marchar delante.

EGISTO. —¿Para que no huya de ti?

ORESTES. —Para que no mueras de forma que te complazca. Tengo que cuidarme de que te sea amargo.

Sería preciso que esta justicia fuese inmediata para el que quisiera transgredir las leyes: la muerte. Así el malvado no abundaría tanto.

CORO. —*¡Oh linaje de Atreo! ¡Cuánto has padecido hasta llegar a duras penas a la libertad conseguida con el actual esfuerzo!*

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web

Notas

[1] Inaco, dios-río de Argos, es el padre de Yo, sacerdotisa de Hera en Argos. Zeus se enamoró de ella y, para sustraerla a los celos de Hera, esposa de Zeus, la transformó en vaca, que fue torturada constantemente por un tábano. < <

[2] Pélope es el padre de Atreo y Tiestes. Atreo sacrificó a los hijos de su hermano sirviéndole a la mesa su propia carne. A su vez Agamenón fue asesinado por su esposa Clitemnestra con la colaboración de su amante Egisto. < <

[3] Epíteto de Apolo que significa el zigzagueante, conveniente, pues, con un dios de la adivinación. < <

[4] Dios de la guerra. <<

[5] Hermanas de Electra. < <

[6] El Aqueronte es uno de los ríos del Hades. < <

[7] Lugar subterráneo, idéntico al ocupado por Antígona en la tragedia de igual nombre, por castigo de Creonte, donde había de morir de inanición. < <

[8] El hacha de doble filo, propia de los sacrificios igual que del trabajo normal. < <

[9] Porque los pecados de Pélope son el origen de todos los males. Pélope consiguió la mano de Hipodamia, hija de Enomao, comprando la confianza del cochero de Enomao, Mírtilo. Pero luego Mírtilo pretendió abusar de Hipodamia y por ello fue arrojado por Pélope al mar, y en su caída lanzó maldiciones contra Pélope y sus descendientes que dieron buen fruto. <<

[10] Clitemnestra se dirige a su hija Electra. < <

[11] Africanos de Cirene, colonia griega fundada el 630 a. C.

< <

[12] El focense en cuya mansión se había exiliado el joven Orestes. Sin duda también este nombre está tomado deliberadamente en atención a su condición de parlante, que significa el que pone la zancadilla al contrario o el que va cercando al enemigo. < <

[13] Ares, que simboliza Guerra y Muerte. < <